



Victor Churay. El cazador bora. 2001. Técnica mixta sobre llanchama. 50x70 cm. Colección Roger Cáceres

Con el anuncio de la creación de varios museos regionales en el Perú, hecho por el Presidente del Congreso, se abre una época promisoriosa para la museología en nuestro país, de gran interés para la conservación de nuestro patrimonio, como para la puesta en valor de las culturas precolombinas y selváticas. Hacer un museo en regiones como Cusco y Loreto no solo atraerá el interés del turismo, sino algo más serio y trascendente, fortalecerá nuestra identidad de país diverso pero unitario.

Sabemos sin embargo que las buenas intenciones no bastan y que las sombras de la informalidad rondan tras los nuevos y más cabales proyectos. En el Perú existe la costumbre de construir museos sin un estudio serio de programación y encargarlos a arquitectos –seguramente muy competentes en su especialidad– pero que no tienen idea de cómo funcionan estas instituciones culturales. Saben hacer el continente pero desconocen el contenido. El resultado es un edificio al que se le va metiendo a presión la información sin tener en cuenta sus funciones reales. Luego siguen las enmiendas, los parches y las adiciones de último momento que significan pérdida de tiempo y de dinero. Los malos ejemplos son hoy de conocimiento público.

El hecho de encargar proyectos para nuevos museos –y no adaptar antiguos edificios– es una oportunidad para aplicar un método seguro que lleve, paso a paso, a conjugar las funciones del museo con los espacios arquitectónicos de manera que no sobre ni falte nada, es decir como un sistema perfectamente relacionado. Hemos llamado a este método, de manera general, Diseño Museológico que “tiene como fin conceptuar, crear y modificar los ambientes que posibiliten la captación del sentido, así como el desarrollo de la experiencia cultural”.¹

El primer paso de este método es conformar el equipo interdisciplinario constituido por el museólogo, el arquitecto y el científico que definirán el objeto de estudio, es decir qué tipo de museo se va a proyectar. El constante diálogo y el cruce de experiencias enriquecerán el proyecto: se trata de comprender que hoy día el museo no lo hace un solo hombre sino un equipo interdisciplinario que tendrá a su cargo la investigación. Ésta, mediante un análisis general, se aboca a estudiar el contexto económico, social, político y cultural en que surge el museo, teniendo en cuenta además, la realidad museológica peruana. Gracias a un análisis particular se examinan los factores de localización, las funciones del museo y las necesidades del usuario. Ambos tipos de análisis nos llevan hacia un diagnóstico de la situación de los museos peruanos.

1 Castrillón Vizcarra, Alfonso. *Museo peruano: utopía y realidad*, Industrial Gráfica S.A. 1986.

Ubicados los problemas y las posibles soluciones, el equipo puede realizar una propuesta teórica señalando “cómo debe ser el museo (tipo, funciones, políticas, etc.) y “cómo debe ser el edificio (tipología abierta, cerrada, versátil, etc.)” A estas alturas se puede presentar la propuesta operativa, en la que se va bocetando los espacios de acuerdo a las funciones del museo y las necesidades de los usuarios.

Tanto la propuesta teórica como la operativa constituyen lo que se conoce en otros lugares como un estudio de programación que provee de todos los datos necesarios para que el arquitecto proyecte el edificio. Solo de esta manera se puede formular un proyecto serio y profesional, después de lo cual solo queda llamar a concurso nacional.

El uso de un método previo a la concepción arquitectónica, abrió la gran época de la museología europea de posguerra. Basta recordar el trabajo, hoy día paradigmático, de Claude Pecquet y la programación del Pompidou en París. Desde entonces no se concibe un nuevo museo sin un estudio de programación y de ahí la proliferación de museos en el antiguo continente, nacidos en los buenos tiempos de la bonanza económica, pero también de metodologías de construcción seguras y eficientes. En medio de esta fiebre constructiva encontramos buenos ejemplos donde la tarea más importante es la salvaguarda del patrimonio cultural, como el museo de la Acrópolis del arquitecto suizo Tschumi. La riqueza e importancia de sus mármoles nunca podrían estar mejor exhibidos que en esos espacios espectaculares. Pero también encontramos ejemplos donde los espacios, pasarelas y escaleras mecánicas impresionantes se prestan al juego conceptual de la obra invisible.

Pero no solo se trata de estos juegos ingenuos y cansadores; hoy en los grandes museos se ha puesto de moda alquilar o vender el patrimonio “por un puñado de euros”: el caso Abu Dhabi es verdaderamente clamoroso (Ver página 107). Las corrientes artísticas, en este caso la conceptual, inciden en el destino del museo como un espacio vacío dentro del cual el visitante puede imaginarse cualquier obra de arte, una especie de museo imaginario como propuso Malraux, y donde el goce sensorial y la presencia electrificante de la obra de arte no es posible. La economía por otro lado nos está conduciendo a la “desnacionalización” del patrimonio, al alquiler de la cultura a favor de la cultura del dinero.

Nosotros en el Perú, estamos todavía lejos de llegar a la situación europea, pero no se sabe las vueltas insospechadas que da la fortuna, ni qué nos depara el futuro. Gracias a la coyuntura económica favorable deberíamos, entre otras cosas importantes, asegurar nuestro patrimonio dentro de buenos museos proyectados con inteligencia, al servicio de la educación de los peruanos y del deleite de quienes quieran venir a conocernos.

El Director